



Losing my generation

Alba González Sanz

I. *Tempo lento*

El verano llegó para ocultarnos del mundo. Apenas unas semanas sin reloj, con todo el aire sobre el cuerpo en unas pocas playas preferidas. Por unos días, la sensación fortísima de que la vida otra, la del trabajado diario, la prisa y la intensidad impuesta, pertenece a otra persona. La mía no, la mía es ahora arena, piel, la posibilidad del continuo instante escogido. Tengo que escribir, sin embargo.

Me esperan, en la casa, mis fantasmas más amados.

II. Descubrirse

Dos muchachas recorren una calle madrileña. Érase una vez la capital hace algo más de ochenta años. Quizás van cogidas del brazo. Lo que es seguro es que van jóvenes, firmes, fuerza de un tiempo, una edad y un país en el que ellas lo están cambiando casi todo. Parecen, por sus ropas, de buenas familias. Son sin duda señoritas educadas pero de este tipo nuevo que cruza continentes y se mueve con

soltura, y se ríe y no siente que nada deba parar por un segundo su impulso. Pero hay algo extraño en ambas y no faltan en los transeúntes que se cruzan con ellas miradas de reprobación.

Érase una vez dos muchachas de buena posición que pasean la capital de España a carcajada limpia... mostrando el pelo.

III. Amigas

Cuenta Concha Méndez en la autobiografía hablada a su nieta, Paloma Ulacia Altolaquirre, las formas del escándalo en [1] el Madrid de los años 20 que protagonizó con la pintora gallega Maruja Mallo. Varias historias de ese libro se me quedaron grabadas desde que se abrió ante mí el mundo de *las modernas*, de la generación de españolas que sobresalió en las artes, la política y la intelectualidad de los primeros 36 años del siglo XX.

Formas del escándalo. Cuenta la poeta que pasear sin sombrero las zonas de buen tono de Madrid les ocasionó no pocos problemas. Destocadas, como las majas, como las mujeres de los barrios populares que gustaban de visitar,



Retrato de Concha Méndez. Fuente: blog.rtve.es

escapadas de toda vigilancia, y de las que Mallo nos dejó pinturas que captan y vibran la fiesta popular (ahí está *La verbena*, de lo poquito que el Reina Sofía expone de esta autora).

A Méndez también se le ocurrió, un día, colarse en la universidad. En el siglo diecinueve, cuenta la leyenda, doña Concepción Arenal se formó en justicia acudiendo a las aulas como un muchacho. Al regresar a su piso, Concha Méndez se encontró a su madre hablando por teléfono. No llegó a colgar: le estampó el aparato a esa hija díscola que al poco tiempo huiría en barco de España y de su familia. Alguien delató su presencia en tan hombruno foro.

Una guerra provoca la pérdida de vidas pero también de objetos. Hay muchas pinturas de Maruja Mallo de las que no tenemos pista. Hace cinco años, se comisionó la mayor exposición hasta la fecha dedicada a una de las mejores pintoras de la vanguardia [2] mundial (ejercicio: lean las biografías, estudien comparativamente las obras de, por ejemplo: Mallo, Kahlo, O'Keefe y Varo). A medias entre Madrid y Galicia, yo visité casi una decena de veces las salas de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando sin poder creer del todo la posibilidad de acercarse a la nariz, de erizarme la piel, cerca de esas pinturas. Pero no estaba un cuadro, no podía estar, un retrato de la poeta Concha Méndez pintado con el afecto de la amiga.

Cuando Méndez huyó de su casa para respirar un poquito, asfixiando de ese modo al ángel del hogar que le querían embutir como camisa de loca, la familia se vengó rajando el lienzo.

IV. Transferencia científica

La jerga económica con la que en este país se habla de ciencia pone mucho énfasis en la cosa de la *transferencia*. Idealmente, el conocimiento que producen la universidad y otros centros de investigación debería recogerse en las aulas, en los libros; transformar progresivamente el entendimiento de las realidades del mundo, sean éstas procesos químicos o procesos sociales en virtud de los que, por ejemplo, la situación de las mujeres

cambia en un país determinado en cierto tiempo complejo.

La realidad, tal cual se invierte en ciencia en este otro tiempo del descalabre, nos hace pensar más bien en una defectuosa calcomanía. Copia, pálida imitación, que no se adhiere a la sociedad ni la ayuda a mirar con ojos más limpios, abiertos, transversales; sino que no se abre paso más allá de cuatro ideas de conocimiento ni siquiera escolar que pueden vestir cualquier conversación. Hablo de historia, ahora.

La historia de las mujeres en España durante la centuria pasada, en esos años locos vividos entre tres guerras, puede rastrearse con precisión, asombro, festejo e ira a través de cuarenta años de investigación humanística realizada primero fuera, principalmente en lengua inglesa y fruto del magisterio del exilio español en el continente americano e Inglaterra; y, tras la muerte de Franco, ya en una casa a la que se le intentaba abrir las ventanas a machetazos. Sería deseable pensar que tras más de cuatro décadas reconstruyendo aquel mundo, algo ha cambiado en los libros de texto de enseñanza secundaria o, por proximidad, en la enseñanza en las aulas universitarias. Calcomanía. De las malas.

V. Full day breakfast

Otoño de 2014. Yale University guarda en la magnífica Beinecke Library el archivo de Victoria Kent. Comienza con las cartas que recibía y enviaba a los campos de concentración que Francia instaló para el exilio español en sus playas (¿Hungría? ¿refugiados?). 1938, lo que hubiera en Madrid se ha perdido o casi. No puedo llevar el ordenador a la sala donde consulto su correspondencia y me vigila con denuedo un tipo con más aspecto de agente federal que de bibliotecario. La verdad es que tengo hambre y me hace muy feliz poder desayunar a cualquier hora del día, así que me levanto hacia las taquillas, saco el móvil y, en un repaso fugaz al Facebook, encuentro un tráiler. *Las Sinsombrero*. Sin aliento, recojo los trastos para salir a comer con el portátil bien agarrado entre los dedos fríos.

Ese día, perdí los guantes.



VI. Hilanderas

Las Sinsombrero es un proyecto *crossmedia*. Esto quiere decir que un grupo de personas de la investigación y la cinematografía han unido esfuerzos para rescatar de forma actual, audiovisual, textual, hipervinculada, la memoria de la generación de mujeres más brillante de la historia española, más excepcional. Las pioneras de una sociedad que se hacía moderna a golpetazos y que vio brillar de una forma nueva, de calado, a escritoras, intelectuales, políticas, filósofas, actrices, dramaturgas o pintoras. Una serie de excepcionalidades históricas, el momento, los cambios que vivieron, las hace especiales, las convierte en un referente al que lanzarse a beber agua en el desierto. Las bisabuelas, las tatarabuelas. Las que conectan en sí el siglo XIX y nos lo arrojan cristalizado para comprenderlo.

Pero vino la guerra y siguió el exilio. Si algo hizo bien la dictadura fascista en España fue borrar la memoria de las mujeres modernas para volver a la madre abnegada, sumisa, escondida en la casa que la Sección Femenina pregonaba. No por azar la presión en las mujeres se volvió feroz, como feroz fue la represión de las republicanas, desviación máxima de ese ideal católico de la feminidad. Como brujas, ciertamente, como hijas o esposas de Satán las tratan los textos de los psiquiatras que, como Vallejo-Nájera, destrozaron sus cuerpos y vidas en las cárceles de los años 40.

Las Sinsombrero es un proyecto para devolvernos a esas mujeres que deberían formar parte de la llamada Generación del 27, y, también, a las que como titanes han ido reconstruyendo la historia en las últimas décadas. Verdadera transferencia, entonces, verdadero trasvase, caudal, agua fresca que sabe tomar lo académico para expresarlo en un lenguaje filmico contemporáneo y hacer, así, verdadera transformación pedagógica.

Si giro la cabeza, desde donde escribo, tres metros de estanterías recogen casi todo lo que se ha escrito sobre las españolas de comienzos del siglo XX desde la perspectiva de la educación, el cambio sociocultural y sus obras artísticas, desde la historiografía y la teoría feminista. Si abro la pestaña del

navegador, las piezas del *webdoc* (al que se suma el documental *per se* emitido por Televisión Española) donde conocemos a fragmentos a las protagonistas del gesto revolucionario de quitarse un sombrero de significados caducos hacen que esos libros en sus baldas se regocijen.

Cuando comencé esta sección en *Blusa* tenía claro el dolor que me provocaba la presencia fantasmal de esas generaciones de mujeres de *entresiglos* en nuestra memoria colectiva, social, y en nuestra memoria genealógica como mujeres que también se dedican, en mayor o menor grado, a la expresión artística por la vía de la palabra. La generación perdida, la verdadera generación perdida de la cultura española no la compone solo el caudal humano que fue asesinado o marchó al exilio tras 1939. La pérdida empieza antes porque el Franquismo borró con denuedo toda la línea de vida y lucha que podemos desandar hasta las escritoras decimonónicas y que tiene un momento glorioso a finales de los años 20 y en los primeros 30.

Como en tantas otras ocasiones, una doble opresión: por sus ideologías transformadoras y su identificación con la Segunda República; pero también por ofrecer unos modelos encarnados de mujer que contravenían por completo el mandato de género que un país autárquico y desolado necesitaba para repoblar y obtener rápido buena mano de obra. Las perdimos porque quisieron ser libres y porque interesaba que muchas otras españolas no supieran de su existencia.

La ocasión del proyecto es entonces una fiesta que puede poner al alcance de más personas, con otros medios sin duda más asequibles que una monografía especializada —a veces de imposible acceso por no haberse reeditado, lo que en sí ya es sintomático— la historia de las modernas. La frase hecha, quitarse el sombrero, recuperada en su raíz revolucionaria.

[3]

“
Cuando comencé esta sección en *Blusa* tenía claro el dolor que me provocaba la presencia fantasmal de esas generaciones de mujeres de entresiglos en nuestra memoria colectiva, social, y en nuestra memoria genealógica como mujeres que también se dedican, en mayor o menor grado, a la expresión artística por la vía de la palabra.”

Alba González Sanz

[1] *Memorias habladas, memorias armadas*, publicada en 1990 por Mondadori.

[2] *Maruja Mallo* (Casa das Artes, Vigo, 10 de septiembre de 2009-10 de enero de 2010 / Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 26 de enero – 4 de abril de 2010), comisariada por Fernando Huici March y Juan Pérez de Ayala. La Sociedad Cultural de Conmemoraciones Estatales editó un espléndido catálogo en tres tomos que constituye, también, uno de los mejores documentos sobre la vida de la autora y su mundo.

[3] La mayor parte de las autobiografías de las mujeres de esa generación está descatalogada y sólo se puede dar con ellas a través de librerías de segunda mano. Lo mismo ocurre con dos volúmenes académicos fundamentales para contextualizarlas y entender aquel mundo: *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales de la vanguardia española* de Shirley Mangini (Península, 2000) y *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)* de Susan Kirkpatrick (Cátedra, 2003).